

el autor puedan desnudar sus almas y así podamos comprenderlos mejor.

Creo que esta novela nos puede llevar a algunos ratos de evasión y, quizás, a un posterior debate que ahonde en los temas en que el autor no ha querido o sabido profundizar (el suicidio, el acoso, la pérdida de la infancia, la madurez, el primer amor...).

**Nerea Ferrez**



***El tiempo según San Marcel***

**Autor: Juan Ramírez Codina**

**Editorial: El Cobre**

**Lugar y año: Barcelona, 2008**

**Páginas: 536**

### **JUAN DEVIENT ÉCRIVAIN**

Existe dentro de la novela contemporánea un magro pero notable círculo de autores que aun a costa de sacrificar el favor de las masas continúan buscando formas de expresión propias abiertamente opuestas al gusto dominante, movidos

por diversos motivos, pero casi siempre llevados por un lletraferitismo irreductible. La reciente "novela-ríos" *Puente de Alma* o las novelas de Javier Pastor, Irene Zoe Alameda, Germán Sierra y la generación "nocilla", entre otros, han sabido superar las alharacas de un experimentalismo agobiante, insertando inteligentemente los elementos de la novela tradicional: la narración de una historia atractiva o la profundidad de unos personajes que se mueven en el tiempo y en el espacio.

A ellos vino a sumarse este tomo de Juan Ramírez Codina, quien pese a sus obras publicadas ha adquirido más proyección por cuestiones extraliterarias. *El tiempo según San Marcel* debería contribuir a la difusión de su faceta creadora, puesto que nos encontramos ante un autor de fuste y de innegable vena creativa. Así lo demuestra la capacidad de sustentar con éxito un entramado de más de quinientas páginas que se antoja un recorrido de obstáculos estratégicamente situados a fin de que el lector no desfallezca en el intento de superarlos. Por ello, lo primero en que se debe incidir es en que los artificios que campan en esta novela no impidan ver el bosque, y ahí

la necesaria complicidad de un lector curtido en las lides proustianas y joyceanas será la que le permita arribar al centro mismo del empíreo, Virgilio o no mediante.

Ramírez Codina se ha puesto a prueba y nos propone a nosotros un juego de carácter eminentemente formal, en el que ya la división en siete jornadas (o libros) nos remite sin ambages a la monumental obra de Proust —al igual que el título—, quien será constantemente evocado en esa búsqueda del tiempo inaprensible que es, en pocas palabras, la esencia de la novela. Un tiempo que se extiende y estira hacia el pasado pero también hacia el futuro, rebosante de experiencias propias y ajenas, y que se erige así en monumento a la memoria inabarcable y en perpetua expansión.

Toda vivencia, sea esta nimia o significativa, queda plasmada y tiene cabida; por ello, no hay datos irrelevantes cuando de dibujar el fresco de la vida se trata. En este sentido, el autor parece situarse al amparo de la obra proustiana, ya que si hay una conquista en la novela es en la vivacidad con que retrata los espacios íntimos. Evitando voluntariamente recursos como el diálogo, Codina consigue captar

con intensidad los motivos y las consecuencias de las decisiones de sus personajes, y es el narrador siempre el que las amolda a su concepción del mundo, aunque ello suponga que se conviertan en meras imágenes captadas al albur de los acontecimientos, tengan o no continuidad.

Ramírez Codina es prolijo y se complace en demorarse en aquellos episodios más adecuados a su propósito, de tal modo que a veces el lector tiene la impresión de estar colándose en la intimidad familiar del narrador, en unos acontecimientos "à clef", como si de un álbum fotográfico se tratase. Educación y formación —el fantasma de Stephen Dedalus flota por detrás—, matrimonios, amoríos, conflictos, celos, pasiones, pérdidas, rumores, creencias, expectativas, se dan cita para componer un fresco que refleja la complejidad de una saga en su máxima extensión, con árbol genealógico incluido, sin escatimar aquellos detalles más escandalosos, sexuales o censurables, y en los que no podemos dejar de proyectar, con delectación morbosa, nuestro propio tiempo.

El sentido final de esta interminable sucesión de peripecias concitadas es su

propia existencia, el propio recorrido trazado, ya que son parte ineludible de un todo evocado. Como quería Proust, la memoria se convierte en una suerte de farmacia en que al azar se sacan tanto calmantes como peligrosos venenos. Ramírez Codina no tiene miedo en insertar su mano, y la extracción es concienzuda y sin paliativos. Como curiosidad, *La Rioja* y *Logroño* tienen un lugar propio en la geografía de la novela; la realidad y la ficción son una mezcla indisoluble y no sería disparatado pretender una indagación de la porción de veracidad presente en lo contado.

Pero el ingenio formal no queda ahí, y en ello se halla uno de los méritos y de los lastres de la novela: la férrea adecuación a un patrón en el que esos siete libros se estructuran a su vez en veinticuatro capítulos de sesenta frases cada uno, queriendo contener el tiempo en su misma esencia y cadencia, no siempre compensa, dando lugar puntualmente a cuestionables constructos. Además, los recursos verbales, los juegos conceptistas, las enumeraciones sustentadas sobre un motivo ortográfico o fonético, las reiteraciones, la mera presencia del plano del significante y el implacable

recuento de palabras y caracteres con una peculiar puesta en página —en lo que se ha visto acertadamente una deuda con los moldes oulipianos— multiplican la complejidad de la novela. La narración queda constreñida, y aunque la habilidad del autor es a menudo prodigiosa, otras veces se resiente al quedar convertida en alarde que más que evidenciar maestría empaña una brillante exposición. A pesar de ello, Ramírez Codina, consciente de su exuberancia, ofrece la posibilidad de una lectura parcial, acaso influido por Cortázar, eludiendo aquellas secciones menos narrativas; lectura no siempre aconsejable, pues el lector quedaría ayuno de algunos pasajes de indudable brillantez, de enjundiosas reflexiones sobre el universo intelectual más variopinto y del efecto catártico que sólo proporcionará una lectura total.

Y si el árbol genealógico nos da una idea de la complejidad familiar desbrozada, los centenares de nombres que son convocados por la memoria omnívota del narrador abruma, incluso sepultan, al lector que debe hacer un ejercicio de fe para superar las pruebas de erudición desbordante, parte esencial de esa memoria

construida con lecturas, saberes y ciencia. Aunque a veces el exhibicionismo culturalista puede caer en la pedantería o en la obviedad —o en la sorpresa, como en la reiterada mención admirativa a Muñoz Molina o Javier Marías, hasta el punto de que se funden en una sola entidad, Javier Muñoz, en los que aprecia haber creado una obra que él mismo desearía haber escrito—, su propósito de sustentar el lado intelectual del individuo, que convive armónicamente con el sentimental, está plenamente justificado. De hecho, cada referencia es un guiño al lector avisado y un cuestionamiento de su universo de ideas recibidas.

Por tanto, el gran mérito de la novela y que hace que merezca la pena el notable esfuerzo de afrontarla es la capacidad de aportar una voz original sobre lo que en otras manos habría sido tan solo un artefacto retórico, llevando al autor —lector consumado— al círculo supremo, a la culminación de un viaje que lo convierte en escritor: al fin y al cabo, nos enseñaba Genette que toda la *Recherche* se podía resumir en este propósito, y Juan Ramírez Codina se muestra en ello un brillante discípulo de Marcel.

**Ricardo Mora**



**La soledad del café**

**Autor: Adriana**

**Bañares Camacho**

**Editorial: Ediciones Emilianenses**

**Lugar y año: Logroño, 2008 (3ª edición)**

**Páginas: 132**

**FREUD Y LA ADOLESCENCIA**

A pesar de su juventud, Adriana Bañares Camacho (Logroño 1988), ha visto publicados sus relatos en revistas literarias como *Fábula*, *Portales*, *Fedra* (México) y en el diario digital chileno *El Rancalnaso* y en fanzines como *Poemas de la Chica de la Curva*, *Degeneración espontánea*, *Gárgola Vacas* y *Jamais Vu*. Además, entre los años 2003 y 2006 fue premiada en varios concursos en la modalidad de relato breve y siendo una adolescente, con 17 años, publicó ésta, su primera novela *La soledad del café*, hoy reeditada por tercera vez por Ediciones Emilianenses.

Y es que la novela tiene mucho de la controversia

y de la impenetrabilidad de la adolescencia. La historia transcurre en un ambiente onírico y a veces opresivo, bajo el manto protector de Freud y el psicoanálisis. Su protagonista, Nistrim, una joven adolescente, realizará un viaje interior, una búsqueda o quizá una huida de sí misma a través de turbulentos ascensores que no son sino el reflejo de sus propias sacudidas existenciales.

De forma totalmente consciente, escapan del subconsciente los tópicos adolescentes del sexo, la preocupación por el aspecto exterior, el suicidio, el feminismo, la crítica a la sociedad, a los padres, a la iglesia..., todo aderezado con una pizca de desgana y grandes dosis de resentimiento hacia todo y nada en concreto.

Más que de una estructura preconcebida, la novela se compone de un continuo fluir de pensamientos en un periodo de tiempo un tanto indefinido.

Como el café, esta novela deja en el lector un denso poso, el de la fuerza de sus imágenes y también un fuerte contraste entre la juventud de su autora y la rotundidad de sus afirmaciones.

Sin duda, una apuesta vanguardista de una editorial siempre innovadora.

**Azucena Escalona Baños**